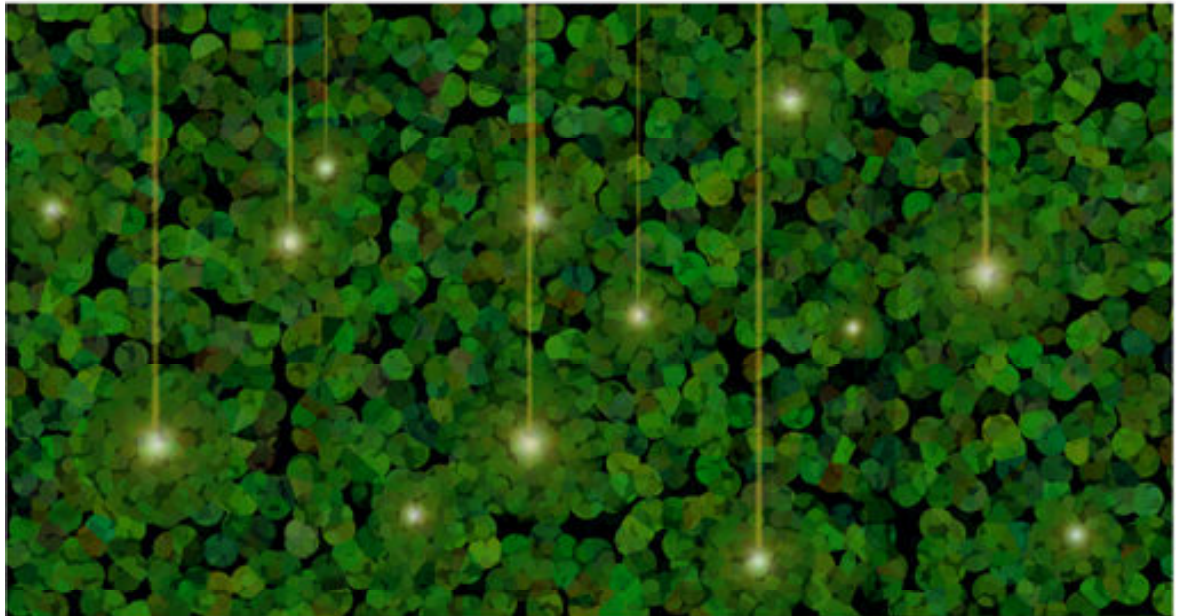


Autora: **Jeanne Picard Mahaut**

“ s e h a n c a í d o l a s e s t r e l l a s ”



## SE HAN CAIDO LAS ESTRELLAS

Hoy cumpla 60 años y me dicen que entro a formar parte de la "tercera edad", lo que me permite contar una historia real dirigida a las "dos edades" anteriores y también a las venideras. La edad sólo significa tiempo: tiempo de aprendizajes y diversiones, de ilusiones cumplidas y sueños realizados; tiempo para nuevas vidas llenas de amor y cariño, de experiencias y trabajos, etapas buenas y otras peores llenas de amarguras de dolor infinito. Precisamente hoy, abuela recién, quiero relatar la aventura del bisabuelo con su nieto Yago un buen día cuando fueron de paseo por los montes del Incio, allá en la provincia de Lugo.

El bisabuelo nació, como su nieto, en esa tierra tan bonita, cercada por la montaña por un lado e invadida por el mar en su otro extremo: Galicia, un "Finisterre", un trozo del fin del mundo.

Amaba su tierra, su paisaje y sus hombres. La conocía muy bien porque la había trabajado mucho, cuando era joven antes de emigrar a Cuba de donde volvió a los pocos años sin ser rico, pero sí lleno de sabiduría. Se hizo maestro y durante muchos años enseñó a sus alumnos a través de los pequeños quehaceres diarios, siempre dispuesto a encaminar sus vidas. Aprovechaba cualquier ocasión para educar porque "es la vida la que te enseña, las dificultades que encuentras te sirven de lección y te ayudan a buscar la mejor actitud posible. Observa lo sabia que es la naturaleza, abre tus ojos y reflexiona, siempre hallarás un buen ejemplo para seguirlo", solía decir.

Gustaba mucho de caminar y cuando su primer nieto Yago empezó a andar bien, se iba con él a pasear por las viejas "corredoiras", a descubrir esos mundos llenos de experiencias nuevas.

Era un día de calor. El abuelo cogió su bastón y Yago metió en su mochila la cajita para guardar bichos. Salieron cuando el sol ya se cansa de calentar y tiñe los montes de oro resbalando sobre la flor amarilla del tojo. Pensaban ir hasta la *Fonte do Corzo* cruzando la montaña a media ladera, a través de un bosque exuberante de vegetación, así estarían a la sombra.

Hacía mucho tiempo que el abuelo no iba por allí y se fueron los dos ilusionados a la aventura. Caminaron un rato por la carretera,

“siempre por el lado izquierdo, recuerda Yago”, decía el abuelo, “tienes que ir por el lado contrario a la marcha de los vehículos, de frente, ellos te ven a ti mejor y tú los ves llegar y si es necesario te apartas”.

Todavía recordaba el abuelo cuando la carretera era de tierra y sólo pasaba el *coche de línea* dos veces al día levantando una polvareda. Le gustaba verlo pasar, a ver quién bajaba; desde luego no había tanta circulación como hoy y los perros se calentaban al sol en medio de la carretera. Ahora era diferente, desde que la asfaltaron cambió la tranquilidad del pueblo. “No puedo parar el progreso” dijo el abuelo al Alcalde cuando le pidió ceder un trozo de su huerta para ensanchar la carretera.

Aunque ahora el “progreso” significa más peligro, porque los conductores no respetan la velocidad cuando pasan por el pueblo con sus coches. Yago sabe lo que esto significa, porque vive cerca de una carretera nacional con mucho tráfico, y le cuenta a su abuelo que no la puede cruzar porque no tiene pasos de cebra ni aceras y sus padres prefieren llevarlo en coche al colegio para mayor seguridad.

-¡Es una pena! Decía el abuelo.

-En la ciudad, sí puedo cruzar pero sólo cuando el semáforo lo permite: rojo para los coches y el señor verde para las personas; menos mal que en el campo podemos correr sin preocuparnos, comentaba reflexivo Yago.

Por eso, hoy querían aprovechar el paseo, y pronto torcieron hacia la *corredoira* de la izquierda donde está el castaño viejo, Yago enseguida se escondió dentro del tronco abierto por los años para

llenar su cajita de “*bichos bola*”

-Parecen canicas, dijo.

-Es un insecto que vive en los sitios húmedos, le comentó el abuelo.

Siguieron hasta la *Pedra do Vilar* para luego adentrarse en el bosque por un sendero inundado de charcos a causa de las numerosas fuentes que caen desde la ladera del monte. Había que saltar pisando piedras para no mojarse y ese día los charcos estaban llenos de ranitas. Yago pasó un buen rato observándolas e intentando atraparlas mientras el abuelo descansaba un rato al borde del camino, en una gran piedra de granito que le servía de asiento. Un poco más allá, al cruzar un prado, Yago se puso a dar brincos detrás de los saltamontes

y a cazar grillos con una habilidad extraordinaria, (nunca entendí como los encontraba dentro de su escondite) y su cajita pronto estuvo llena. Se llevaba los bichitos para después observarlos mejor con la ayuda del abuelo: se los nombraba en latín y en gallego y Yago los dibujaba en su cuaderno, (dibujaba muy bien) y para no olvidarse escribía el nombre debajo. La tarde transcurría, el sol empezaba a esconderse tras la montaña y todavía no habían llegado a la fuente. El abuelo intentó apurar un poco más el paso y Yago corrió detrás. Pronto llegaron "¡qué bonito!" El agua se deslizaba sobre una roca de granito inmensa, lisa y teñida de color rojo porque contiene hierro "¡Qué mal sabe!". Aunque bebieron los dos un buen trago para saciar la sed y para "ser fuertes" como decía el abuelo. Un buen bocadillo ayudó a reponer fuerzas y cuando emprendían la vuelta a casa, descubrieron el camino formado por unas hormigas:

-Mira, parecen camiones transportando granos.

En efecto cada hormiga agarraba semillas más grandes que ellas trazando una línea negra y continua como una carretera.

-¡Menudo tráfico! comentó Yago con alarde de imaginación, y que desorden, unas van, otras vienen, se cruzan y no paran nunca.

Colocó una ramita en el medio "aquí tenéis una barrera", pero a las hormigas no les importaba, seguían su camino igual.

-No te olvides nunca Yago, aprovechó el abuelo, también algunos conductores son irresponsables en la carretera, no respetan las señales y son peligrosos para los demás, a veces en la ciudad ni siquiera paran en el semáforo, como las hormigas, quieren llegar cuanto antes a su trabajo, creen que están solos, cuando lo más importante es saber que todos estamos viviendo en medio del tráfico: el conductor, el peatón, el ciclista y que las señales ayudan a poner algo de orden para poder compartir todos un mismo espacio. Todos los ciudadanos, personas mayores y jóvenes, debemos obedecer estas normas, tener educación respetando los valores de la vida.

Entonces, empezaron a entretenerse con las hormigas jugando a policías: iban y venían sin orden, así que intentaron separarlas creando carriles, como si de autopistas se tratara.

-Ves, le decía el abuelo, así ya por lo menos no chocan de frente aunque siempre existe el peligro, sobre todo con la velocidad que pueden alcanzar algunos vehículos, por eso, si algún día conduces tienes que estar atento y conducir siempre descansado. Ellas tienen sólo sus antenas para guiarse cuando encuentran un obstáculo, (le

ponían una piedrecilla y las hormigas pasaban por encima) pero tu tienes dos ojos para ver y sobre todo tu inteligencia para conocer y saber que siempre puedes encontrar algún imprevisto en la carretera y que te será muy difícil esquivarlo si no respetas las distancias entre tú y el otro. No hagas nunca como las hormigas, se suben unas encima de otras porque sólo se orientan por su instinto. Nosotros, tenemos suerte, porque nuestra inteligencia nos permite razonar, por eso se ha redactado el *Código de la circulación* para organizar el tráfico en las carreteras, ciudades y pueblos. Son normas muy importantes que todos debemos respetar, es nuestra responsabilidad, para que no ocurran accidentes que provocan dramas muy dolorosos.

Tan entretenidos estaban, que no se dieron cuenta que anocheecía y que todavía quedaba mucho camino de vuelta. El abuelo empezó a preocuparse, era muy tarde, y sabía que yo les estaba esperando en casa. En efecto, al caer la noche decidí emprender el camino para encontrarlos, cogí la linterna y una chaqueta blanca para que me viesen mejor en la oscuridad.

Era de noche cerrada y el camino se hacía difícil, iban cogidos de la mano, Yago un poco asustado y el abuelo intentando no tropezar ayudándose con su bastón.

-Hemos cometido una imprudencia, dijo el abuelo, tendremos que guiarnos por las estrellas y la luz de la luna que menos mal, hoy está casi llena. Aunque en la espesura del bosque la luz era muy débil.

Al poco rato ocurrió lo inesperado:

-¡Mira, abuelo, se han caído las estrellas!

En efecto, cada pocos metros brillaban en los bordes del camino unas lucecitas verdes.

-No son estrellas, son *LUCIÉRNAGAS*, es el abdomen de las hembras que emite una sustancia brillante, una luz fría muy fuerte de color verde fosforescente, para atraer al macho; en latín se dice *lampyris noctiluca* y *vagalume* en gallego, dijo el abuelo.

Les maravillaba ver como a cada paso se iluminaba el camino gracias a esos "bichitos-bombillas" que a Yago le parecían más bien estrellas caídas.

-Las estrellas son las señales más antiguas que se conocen, explicó el abuelo, buscando la estrella polar encuentras tu camino porque indica el Norte, así lo entienden los marineros en la mar donde sólo ellas les acompañan y les indica la ruta a seguir.

-Y en el cielo son las señales de tráfico para los aviones, comentó Yago.

-Pues sí, algo así, contestó el abuelo sorprendido por la ocurrencia. En tierra tenemos más referencias, ves aquí está la *Pedra do Vilar* y poco nos falta ya, seguro que tu madre estará muy preocupada y nos estará buscando.

-Tengo una idea para que mamá nos vea mejor, exclamó Yago todo nervioso.

Empezó a recoger con mucho cuidado las luciérnagas, colocaditas en una hoja y se las puso encima de la gorra, agarraditas a su chaqueta y también a la del abuelo que, divertido, siguió el juego.

-Así nos ven mejor y cuando lleguemos a la carretera ya no será un peligro para nosotros.

Siguieron así, guiados por las luciérnagas y sin demasiados tropiezos, y así les encontré, caminando por el borde de la carretera brillando, iluminados, llenos de lucecitas verdes; estaban cansados pero felices.

-Mira mamá son *vagalumes*, estrellas caídas del cielo que nos hacen visibles por la noche.

Ahora que yo soy abuela, he visto como el tráfico ha ido evolucionando muy rápidamente y las normas también han cambiado, felizmente para mi nieto y para todos los niños, personas mayores, peatones y ciclistas, y creo que pronto los conductores tendrán que llevar prendas reflectantes en el coche por si tuviesen que parar y andar por la carretera. Todos tendríamos que saber que debemos brillar como luciérnagas para protegernos y ser más visibles en la noche siempre que andemos por vías de escasa señalización.

-Han caído las estrellas en la hierba para salvarnos, me dijo Yago antes de dormirse.